Tecnologías universitarias

José Morales González

7 de agosto de 2020

Los recipientes sólo pueden cumplir su función si cambian más lentamente que sus contenidos.

Lewis Mumford

1. La pérdida del salón de clase

Qué estrecho y confinado parece el salón de clase de por sí. Cuatro paredes de escasas ventanas, potente aire acondicionado y muebles de mal gusto. Pero deja de ser inhóspito si se compara con la pantalla que muestra la página de Internet donde se transmitirán los cursos universitarios debido a la pandemia. La pantalla no es una ventana, es una máquina que incapacita la mirada.[14]

La opinión de este escrito es que hay tecnologías propias de la universidad –endémicas, por decirlo así– y tecnologías depredadoras –siguiendo la metáfora– para la universidad. Las tecnologías universitarias están basadas en la palabra y su significado; es decir, son del ámbito del espíritu y deben guardar el sentido etimológico: las tecnologías universitarias son las artes del pensamiento. Éstas incluyen artefactos, que opacados por la luz de nuestra época, lucen rudimentarios. Las tecnologías depredadoras expresan valores del mundo de hoy, como la velocidad, que inhiben el pensamiento.

El salón de clase es una tecnología, aunque no lo parezca. Lewis Mumford, en su libro *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*,[7] destaca la importancia que han tenido los recipientes como artefactos tecnológicos para la humanidad; vasijas, hogares o ciudades han acompañado al ser humano

como un invento de primer orden. El salón de clase es un recipiente, que nos reúne, cuida nuestro estudio aislándonos del exterior –crea cierta distancia de la sociedad para poder pensarla, en el caso de los cursos de ciencias sociales–, nos protege de distracciones, favorece un ritmo a pesar de los horarios y calendarios institucionales, permite rituales académicos que son en sí mismos técnicas de estudio –la mayéutica, los exámenes...–, incluso la escucha de la palabra, pues el salón de clase produce silencio, y, según la *Historia del silencio* de Alain Colbin, las ciudades de hoy no son más ruidosas que las del siglo XIX, lo novedad del ruido contemporáneo es "hipermediatización, en la conexión continua y, por lo mismo, en el incesante flujo de palabras [¡e imágenes!] que se le impone al individuo y lo vuelve temeroso del silencio."

No se trata de sacralizar el espacio del salón de clase, pero se añora ante su sustituto telecomunicativo impuesto por la pandemia. Es la intensificación repentina de la añoranza que ya se venía experimentando desde hace años de las instituciones modernas para quienes nos formamos en ellas y apreciamos su sentido. Finalmente, el salón de clase es un espacio físico donde los cuerpos se reúnen. Cuando esto se pierde, la comunicación humana merma tanto que deja de serlo. Qué importante es la voz, su tono y los gestos que la acompañan, así como las expresiones corporales de quien escucha con las que se adivina que quiere decir algo, que *tiene una duda*, que está distraído, *en otro lado*.

2. Tecnologías universitarias

Cada vez resultan más extrañas las tecnologías universitarias para el mundo que vivimos. De hecho, la universidad es un lugar cada vez más extraño, pues es un lugar para leer y para escribir; entre medio de estas dos actividades hay un montón de otras, como conferencias, laboratorios, actividades artísticas, edición de libros y revistas... Pero leer y escribir son actividades que al ser espirituales pasan desapercibidas para la exigencia de productividad. No importa, la universidad dice con desfachatez: se lee y se escribe porque sí. Se lee para saber qué se siente leer, para sentirse vivo, expresa Jorge Larrosa.[6]

Pues entonces la **lectura** es una tecnología que sirve para pensar; saca la mente fuera de uno y la coloca en el texto según se le va comprendiendo (¡o confundiendo!). Y entonces ocurre un trance peculiar: uno se ve a sí mismo como si fuera otro, la realidad se transforma y se experimenta la libertad, según la entiende el hermeneuta: la condición de tener mundo y no sólo ambiente, gracias a que las cosas adquieren diversos significados a través de

la palabra.[4]

La **escritura** es claramente una tecnología, no importa si es a punta de lápiz. No se aprecia hoy en día gracias a los 3,338,496 pixeles que iluminan la pantalla del último iPhone.[1] Se sabe la sospecha que generaba la escritura entre los antiguos; el rey egipcio Thamus –según relata Sócrates, según escribe Platón– auguró ante la invención de las letras que "es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan, al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo *desde fuera*, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos".[9] Por la novedad, se advertía su poder y los servicios que prestaba. Antaño, quien visitaba la ciudad de Atenas se sentaba frente a un edificio y narraba en voz alta la fachada. Lo hacía varias veces para memorizarlo y poder relatar a su regreso lo visto. Milenios después, se conserva la conciencia de que la palabra hablada es la que está viva, que a la escritura hay que reviviarla con la lectura si no, nada dice.

Luego entonces, otra tecnología: **la lectura en voz alta**. ¿Es una tecnología leer en voz alta? Desde luego que sí, sabemos de propia mano que no es lo mismo leer en silencio que en voz alta, pues las utilidades son múltiples. Por ejemplo, leer en voz alta es un corrector no automático de texto; si uno lee en voz alta verifica si lo que está escribiendo se entiende y pone o quita una coma o una palabra o una oración. Si se está frente a otros, uno lee en voz alta un texto buscando –y a veces consiguiendo– entender al unísono lo que el texto dice, pues lo entona y pone el acento cuando mejor le parece levantando las cejas e incluso el volumen. Es habitual este uso de la voz alta en las clases para poner un pensamiento al centro y así poder "mirarlo" mejor. Wilhelm Wundt cuenta (1912), en su libro *Elementos de psicología de los pueblos*,[16] que el primer instrumento musical fue una cuerda sujeta con los dientes y tensada con la propia mano, que al hacerla vibrar con la otra, el cráneo la sonaba dentro de la cabeza. El deseo de compartirlo fue lo que alentó la invención de la caja acústica. La amplificación de lo leído con la voz a través de las cuerdas vocales hace posible la lectura, que antes era en voz alta o no era. De hecho, la voz fue una herramienta para difundir obras literarias ya escritas; se leía en voz alta a quienes no sabían leer pero sí escuchar y esto fue vital en procesos artísticos como en la época de Cervantes.[3] Se ha dicho que el defecto de *El Quijote* es estar escrito, pues su estilo busca el lenguaje hablado y la narración oral (Francisco Rico).

[1] `https://www.apple.com/la/iphone-11-pro/specs/`

El artefacto del **libro**, como recipiente, siempre estuvo rezagado respecto a la creación de obras escritas y se presentaba como problema técnico. La historia de esto fue recientemente contada por Irene Vallejo en su libro *El infinito en un junco*.

> La invención del libro es la historia de una batalla contra el tiempo para mejorar los aspectos tangibles y prácticos —la duración, el precio, la resistencia, la ligereza— del soporte físico de los textos. Cada avance, por ínfimo que pudiera parecer, incrementaba la esperanza de vida de las palabras.[13]

Pero entonces llegaron *Los demasiados libros*, título en el que Gabriel Zaid expresa socarronamente el efecto adverso de la producción industrial en materia de cultura; las editoriales publican a tal velocidad que nos vuelven cada vez más incultos, pues no hay quien aguante la cantidad inhumana de títulos publicados al año. Este "progreso ha logrado que todas las personas, no sólo los profetas elegidos, puedan darse el lujo de hablar en el desierto", escribe Zaid.[17]

La perenne cuestión de la relación humano–máquina encuentra en el libro un caso ilustrativo; se piensa que los libros contienen ideas, gracias a la impresión en papel de cuerpos lingüísticos. Pero el lenguaje no se puede contener, no hay tal cosa como un recipiente lingüístico. De todos los artefactos sociales, el lenguaje es el más etéreo, el más transportable y es capaz de multiplicar indefinidamente las significaciones sin atiborrar los espacios habitables, apunta Mumford. "En cuanto se puso en marcha, la producción de palabras introdujo la primera «economía de la abundancia», que aseguró la producción continua, la necesaria renovación y la invención incesante" ... Sus "reservas de capital (vocabulario) pueden hacerse cada vez mayores, y la capacidad de producción (habla, literatura, significados compartidos) puede seguir creciendo sin imponer por ello ninguna obligación colectiva de consumir el excedente." El lenguaje hablado no ha sido monopolio de ninguna minoría dominante, es tan complejo y sutil, que ningún sistema centralizado ha podido controlarlo. Esto, en parte, porque para funcionar exige una acción recíproca entre quien habla y quien escucha [7, p.162-163].

Hay un punto en el que el desarrollo tecnológico avasalla al ser humano. La palabra *robot*, cuya raíz indoeuropea significa *esclavo*,[2] ha invertido su significado. Rebasado un umbral de desarrollo, las máquinas someten a las

[2] `http://etimologias.dechile.net/?robot`

personas a su orden. Ivan Illich explica que este umbral debe establecerse por la cantidad de energía que consume la tecnología, pues su uso puede establecer dependencias a centros de poder que imponen mayores sacrificios. Es la *contraproductividad* del desarrollo tecnológico sin medida, a través del cual se expropian las facultades humanas, como la movilidad en el caso del automóvil, o la capacidad de buscar, gracias a los potentes "motores" de búsqueda de Internet. Las máquinas siguen siendo humanas cuando están sujetas al control personal; la técnica del lápiz y el papel sigue siendo superior, en este sentido, al iPad.

3. El modelo de comunicación *TikTok*

En efecto, conforme el ser humano potencia las tecnologías que le proporcionan ayuda, más desvalido le dejan. Este desarrollo expresa una forma cultural muy particular, y si se mira los objetos tecnológicos que produce, se puede averiguar cómo piensa y siente la sociedad.

Internet es un sistema de comunicación informática que en principio guardaba atributos universitarios y académicos, muy parecidos a nuestro artefacto lingüístico. Tim Berners-Lee escribió en 1989 cómo visualizaba la red informática mundial: "Los sistemas de información inician pequeños y crecen. También inician aislados y después se unen. Este nuevo sistema debe permitir relacionarse a sistemas existentes sin requerir un control central o una coordinación". Así pues, debía ser un sistema descentralizado, distribuido en red, capaz de comunicar computadoras con distintos sistemas informáticos e incluir técnicas de búsqueda, pues en un espacio de información compleja, *se debe evitar sentirse perdido.*[1]

Sin embargo, Internet pronto se convirtió en una vitrina para el mercantilismo, donde las propias personas se convierten en consumidores y productores. De estar basado en el lenguaje informático del hipertexto, de lectura sencilla, ahora los lenguajes privativos e encriptados proliferan en el ciberespacio luchando por apropiarse de la navegación de los usuarios regalando claves de acceso a cambio de datos. En lugar de una distribución en red para compartir la información de forma descentralizada, se tiene hoy como modelo la *nube*, llamada así por su cualidad principal de ser nebulosa y por estar allá arriba en las grandes corporaciones, que custodian la información producida desde los celulares y computadoras a cambio de los más diversos servicios. Uno de ellos es la red social *TikTok*.

Esta red social ofrece la posibilidad de hacer y compartir videos de 15 segundos –máximo 60 para los de largo aliento–, animando a *reaccionar* a otros videos publicados bajo etiquetas (*hashtags*), que indican mayormente retos.[3] Originalmente diseñada para compartir pasos de baile con sus funciones para hacer duetos y fondo musical, pronto se empleó para los más diversos usos, desde bricolaje hasta pornografía pasando por mascotas y bromas pesadas. Todo es entretenimiento, creado para consumirse en celulares. Los videos aparecen y desaparecen, en esto reside su gracia; pues aunque son una secuencia de imágenes no requieren trama ni contexto. Por eso abundan los videos de movimientos corporales con música rítmica cuyo significado es dado por imitación, pero a diferencia de los rituales primitivos éstos no crean colectividad pues no hay cercanía física de los cuerpos.[4] El intercambio se da en turnos cortos como una reacción imitativa del precedente, dejando la sensación que se está ante la repetición de lo igual, multiplicando individuales de manera uniforme.

El mes pasado *Tik Tok* anunció la generación de contenido educativo por parte de profesionales[5] y en la página se dice que su misión es "inspirar creatividad y brindar alegría".[6] Pero el contenido es insustancial, pues lo que ofrecen las pantallas de los dispositivos conectados a la Red, no es la posibilidad de comunicarse, sino la de estimularse acelerando la captura y la desaparición de imágenes.[14]

3.1. Comunicación humana

"Si la universidad sirviera solo para asegurarle un empleo a sus graduandos podríamos sustituirla con el *internet*", expresó Fernando Picó. Suele ocurrir en la universidad que de un lado está el contenido de los cursos, su vida ordenada, esquemática y rigurosa, y por otro la vida cotidiana del estudiante, tanto más estimulante sino se llega a sentir el pensar.[10] No es raro que esta vida paralela termine siendo una sola experiencia para el estudiante. Pero este espíritu universitario, que requiere del espacio físico del Recinto, de los cuerpos, de las miradas, es justamente lo que no cabe en la "universidad en línea". Indudablemente la vida universitaria se pausará, no existirá para estudiantes de nuevo ingreso en este su primer año. Es la "vida universitaria"

[3] `https://www.nytimes.com/2019/03/10/style/what-is-tik-tok.html`

[4] A mayor contacto físico en los rituales crece la solidaridad, según Durkheim y Collins.

[5] `https://www.bbc.com/news/technology-53079625`

[6] `https://tiktok.com/`

la que hace a la institución significativa, es decir, valiosa más allá de todo fin utilitario. Esto ocurre gracias a la comunicación.

La comunicación auténtica, aquella que se precisa para cualquier actividad humana, como la educación, el deporte, el diálogo, la danza, requiere la presencia. Está demás decir que la comunicación no es el envío y la recepción de mensajes, hasta ese modelo comunicativo de Roman Jakobson, tan esquemático, incluía el contexto. La comunicación –para fines universitarios– requiere el estar cerca, pues no hay una comunicación tan rica en expresividad como la que se da cara a cara, donde se comparten el máximo de signos: la palabra hablada con su entonación, ritmo y timbre... los gestos corporales, las expresiones faciales. El encuentro cara a cara es la única situación donde se da la mirada; Simmel precisa que mirar no es observar, mirar es una una relación mutua donde quien mira es mirado, escruta y se muestra al mismo tiempo. Es una relación tan sutil que no engendra producto objetivo, pero tan fuerte que se verifica de forma inmediata por el camino más corto entre unos ojos y otros. Es una auténtica ventana al alma que depende enteramente de la voluntad de ambas personas, "la más mínima desviación, el más ligero apartamiento de la mirada, destruye por completo el lazo que crea". La mirada es una *vivísima acción recíproca*.[8]

La comunicación va mermando a la par que desaparecen espacios físicos de encuentro social; donde hay distancias y se gradúa la proximidad, las personas se expresan gracias al alcance de su propia voz y la mirada. Con los medios de telecomunicación y sus pantallas, se pierde de forma brusca la presencia, despojando al ser humano de la propiocepción; Paul Virilio lo explica así: la capacidad de "*tele*-comunicarse", dada por la tecnología, anula la conciencia del estar aquí y ahora al prescindir de la evidencia concreta del cuerpo, volviendo nula la noción del "adentro" y del "afuera".[14] Incluso, la "comunicación a distancia", dice este teórico, elimina de hecho las distancias, y al hacerlo se elimina, no sólo el cuerpo individual, sino también el social y el planetario, hay una *miniaturización* del Planeta Tierra.[15] Al perder la comunicación humana, queda el intercambio de información, que si bien no es poca cosa, la vida se aplana tanto como la pantalla.

Según la psicología social, contestar a la pregunta *¿dónde estoy?* es necesario para poder actuar conforme a las relaciones sociales que mantengo a cada momento y contribuir activamente a los acuerdos sobre lo que es real: ¿quién soy yo?, ¿cuál y cómo es mi mundo? ¿Estoy en mi casa o en la universidad? El déficit de atención perderá su valor diagnóstico pues será la norma.

4. Confianza en Pulgarcita

¿Cómo evitar que la universidad sea una ventana más en la computadora cuando se pretende una educación a distancia? Quizá eso sea inevitable. El historiador de la ciencia, Michel Serres argumenta que esto es la condición de nuestros tiempos haciendo a la universidad una institución de un mundo que ya no existe, pues es dominado por el uso de teléfonos celulares, que hábilmente manejan con sus pulgares las jóvenes generaciones, a quienes él apoda con cariño Pulgarcita. El mundo ha cambiado tanto que incluso el cuerpo de Pulgarcita no es el mismo, su cabeza ha sufrido una extensión que guarda en el bolsillo y le permite el acceso a cualquier lugar en el ciberespacio, a cualquier persona, a cualquier saber. "El aula de antaño ha muerto", el auditorio con un centro de atención al frente y el *power point*. Con el celular, deja de haber un centro. Los cuerpos ya no están recostados en los pupitres pasivos, sino inclinados hacia el frente de cara a la computadora o al celular en tensión activa. Esta es la visión optimista de Serres, quien afirma que es a Pulgarcita a quien le corresponde reinventar el mundo y sus instituciones.[12]

Quizá debamos adoptar, aunque sea temporalmente este perspectiva pensando en el próximo semestre. La educación a distancia o en línea debe estar basada en la confianza en el estudiante, no en artilugios tecnológicos que registren infaliblemente su desempeño. Después de todo, como escribió Francisco José Ramos, "no se puede enseñar a pensar ni a desear. Pero, sí es indispensable crear las condiciones para que el pensar y el deseo generen el entendimiento de su propia experiencia."[11] Esta es una buena definición de lo que es la educación.

Referencias

[1] Tim Berners-Lee (1989). *Information Management: A Proposal*. Disponible en `https://www.w3.org/History/1989/proposal.html`

[2] Alain Corbin (2016). *Historia del silencio. Del Renacimiento hasta nuestros días*. Acantilado: Barcelona. 2019.

[3] Magrit Frenk (1997). *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes.* Fondo de Cultura Económica: México, D.F.

[4] Hans-Georg Gadamer (1960). *Verdad y método I*. Sígueme: Salamanca.

[5] Iván Illich (1974). *Alternativas*. En (2006). *Obras reunidas I*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F. 2013.

[6] Jorge Larrosa (2003). *La experiencia de la lectura*. Fondo de Cultura Económica: México, D.F.

[7] Lewis Mumford (1967). *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*. Pepitas: Madrid. 2017.

[8] Georg Simmel (1908). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica. México, D.F.

[9] Platón (400 a.c.). "Fedro". En *Platón I*. Madrid: Gredos.

[10] Fernando Picó (2019). *Universitas ludens*. Gaviota: San Juan.

[11] Francisco José Ramos (2007). "Historia de un mundo feliz: cinco hipotesis de trabajo para el estudio de las humanidades", *Milenio*, vol. 11.

[12] Michel Serres (2012). *Pulgarcita*. Fondo de Cultura Económica: México, D.F.

[13] Irene Vallejo (2019). *El infinito en un junco. La invención de los libros en el mundo antiguo*. Siruela: Madrid.

[14] Paul Virilio (1993) *El arte del motor. Aceleración y realidad virtual*. Buenos Aires: Manantial. 1996.

[15] Paul Virilio (1997). *El cibermundo, la política de lo peor*. Cátedra: Madrid.

[16] Wilhelm Wundt (1912). *Elementos de psicología de los pueblos*. Barcelona: AltaFulla.

[17] Gabriel Zaid (1972). *Los demasiados libros*. Epublibre.

Ponencia presentada en la Academia de Verano 2020, de la Facultad de Estudios Generales, Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.